

DÍAS DE SUMISIÓN

ORLANDO AVENDAÑO

DÍAS DE SUMISIÓN

ORLANDO AVENDAÑO



ÍGNEO

PAPELES SALVAJES

Días de sumisión

© Orlando Avendaño, 2018

© Grupo Ígneo, 2018

Caracas | Lima

www.grupoigneo.com

Correo electrónico: contacto@grupoigneo.com

Facebook: Grupo Ígneo | Twitter: @editorialigneo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por leyes de ámbito nacional e internacional, que establecen penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-1986611183

Colección: Papeles Salvajes

Diseño de la portada: © Ingrid Morales

Fotografía del autor: © Isabel Thielen

*Por la plena libertad
de decir, hacer y pensar*

— ¿Quería Fidel Castro aprovecharse de la riqueza venezolana desde un principio?

— Por supuesto. Si petróleo es riqueza, petróleo fue la obsesión de Castro.

Esa fue la respuesta que dio Simón Alberto Consalvi a la oportuna pregunta del escritor y periodista Ramón Hernández para su libro *Contra el olvido*.

El 2 de febrero de 1999, Fidel estuvo en el Palacio de Miraflores. Ya antes había visitado la sede de la presidencia de Venezuela; pero esta era su primera entrada triunfal. Como si Bolívar volviera a entrar a Caracas y saliese victoriosa la Campaña Admirable, como aquel 6 de agosto de 1813. Entraba como lo hizo en Santiago y, luego, en La Habana, pero de una forma mucho más discreta. Sin bulla y con prudencia. Nadie lo notó, pero ese 2 de febrero quien tomaba el poder era él, no Hugo Chávez.

Los hechos lo demostrarían y todos los venezolanos comprenderían, quizá de la forma más odiosa y detestable, que en las elecciones de 1998 no triunfó la democracia; en cambio, se impuso la dominación de un Estado sobre otro. La soberanía de Venezuela jamás había sido tan violentada.

Fue un proceso gradual y legítimo. Tal vez para evitar condenas, rechazos e indignaciones. Ya el mundo había evolucionado y parecía dispuesto a garantizar a toda costa que la tesis de Francis Fukuyama resultara. Si la historia debía terminar, porque el conflicto contra el comunismo había cesado; pues así tenía que ser. Sin embargo, Castro estaba dispuesto a revivir viejas tensiones.

Luego con Lula, Cristina, Evo, Rafael, Michelle, Daniel y Manuel obtendría sus siguientes victorias. Pero ya había logrado la primera y más importante en Venezuela. El triunfo con el que podría financiar la expansión de su propósito de décadas.

Por años, toda una región se sometió a la voluntad, directa e indirecta, de Fidel Castro. Países que erigieron el estandarte del socialismo para autoproclamarse territorios libres de la injerencia de Estados Unidos. Pero, paradójicamente, doblegados ante una débil isla cuyo líder era capaz de cautivar a cualquiera. Quizá la figura política más brillante y exitosa que se ha erigido en la tierra. La expansión de la miseria, la debilidad ideológica, el resentimiento, el conflicto y la destrucción, fueron las consecuencias de *los días de sumisión*, cuando más de diez naciones permitieron que su soberanía fuese vulnerada.

Unos dirían que por fin se consolidaba el sueño de Simón Bolívar. Era también el sueño de Fidel, y por supuesto el de Chávez, quien se creía la reencarnación del Libertador. La integración de las naciones latinoamericanas se empezó a dar bajo una custodia ideológica, importada desde aquella gran Revolución de Octubre de 1917.

Por años, Fidel fantaseó con la expansión del comunismo que él había logrado consolidar en Cuba. En cada discurso, desde que asumió el poder, hablaba sobre la necesidad de esparcir la Revolución por el mundo y, principalmente, por Latinoamérica. Al final lo logró. Fidel venció y se impuso cuando pudo abatir el sistema democrático venezolano. Su victoria fue la consolidación de un proyecto que esbozó desde los primeros días en el Palacio Presidencial de La Habana. Pero fue un proceso. Al final, una prolongada guerra colmada de dramas, encuentros diplomáticos y físicos. Llena de sangre, de condenas, sanciones e hipocresías. Un arduo conflicto que duró treinta y cinco años. Que empezó con un amargo rechazo y terminó con la capitulación de un país. Al caer Venezuela, fracasó Latinoamérica.

Días de sumisión, al final, busca explicar cómo la democracia venezolana perdió la guerra contra Fidel. Es la historia de una injerencia y el surgimiento de la Revolución Bolivariana; y, con ella, el inicio de los días en que gran parte de Latinoamérica se someterá a una pequeña isla. Sobre esto se ha especulado con generosidad; sin embargo, esta es la presentación de hechos, testimonios, versiones y realidades que permiten responder algunas de las más trilladas incógnitas.

¿Cómo pudo Castro vencer al envidiable y sólido sistema democrático de Venezuela? ¿Cómo se explica el surgimiento de la Revolución Bolivariana? ¿Qué relación hay entre la consolidación de Hugo Chávez como figura política y la extrema izquierda venezolana? Son muchas las incógnitas que este ensayo aspira aclarar o, al menos, guiar hacia el entendimiento de una difícil realidad.

Hoy Venezuela padece los estragos de un proceso que inició en 1959 y se dio, primero, con la insurrección de una extrema izquierda dispuesta a arruinar la novel democracia. Continuó con la infiltración en las Fuerzas Armadas y concluyó con la consolidación de Hugo y la capitulación de todo un país que cedió a la antipolítica para colaborar con la destrucción del sistema democrático.

Agradecimientos	15
Prólogo	17
Parte uno: La insurrección	21
Parte dos: La infiltración	139
Parte tres: La consolidación	235

AGRADECIMIENTOS

Es cierto que la labor de escribir e investigar es terriblemente solitaria; pero jamás este trabajo hubiese podido ser ejecutado sin el imprescindible apoyo y aporte de algunas personas.

Debo agradecer, primero, a mis padres. Mis estudios y valores se los debo a ellos. A Pedro y a Julieta, quienes me dieron la libertad de hacer y elegir. Igualmente a Malbeth, por el significativo espacio en el que me he podido desenvolver en estos años en Caracas.

Le agradezco a quien fue mi tutor del trabajo de grado para la Universidad Católica Andrés Bello, el periodista y profesor Carlos Delgado Flores. Este trabajo primero fue una tesis para obtener la licenciatura de comunicación social y el amparo del profesor Carlos Delgado fue necesario en su momento. Fue uno de los primeros en creer en este arrebato que luego se consolidó. A él le agradezco el apoyo y los esenciales aportes.

A la profesora e historiadora María Soledad Hernández debo hacerle, también, una mención especial. Es difícil encontrar la forma de agradecerle realmente lo que hizo por este trabajo. Su aporte, no solo fue imprescindible, sino que ella siempre estuvo dispuesta. Además me brindó las especiales páginas del prólogo. Una persona genuina a quien también le pertenece este proyecto.

Le agradezco a mi padrino, el profesor Alberto Conde, con quien conversando en la sala de su casa surgió la idea de este trabajo. Su respaldo también fue fundamental.

A todas las personas, que son demasiadas, las que, de alguna u otra manera, me brindaron bibliografía y documentación necesaria y pertinente; y, además, a las que me dieron sus sólidas impresiones antes de que el ensayo se convirtiese en libro. A Betty, a Noraima, a Claudia; a los periodistas Hugo Prieto y Carlos Alberto Montaner; al profesor Armando Coll.

También le doy las gracias a quienes me cedieron parte de su tiempo y me abrieron las puertas de su casa para poder entrevistarlos y relacionarme. La mayoría, individuos a quienes respeto, admiro y me dieron el privilegio de conocerlos. Agradezco a Enrique Aristeguieta Gramcko, a Diego Arria, al general Clíver Alcalá Cordones. También a Douglas Bravo, uno de los protagonistas de la historia. Y, entre quienes me abrieron las puertas de su hogar, debo mencionar especialmente al general Ángel Vivas, hoy un digno ser humano a quien le han arrebatado su libertad.

Le agradezco mucho a mi amigo León y a su padre, cuyos aportes también fueron precisos e indispensables.

A la institución en la que durante cinco años conocí muchas de las personas más especiales: la Universidad Católica Andrés Bello.

Y, por último, de forma paradójica, es un deber que reconozca a la dramática coyuntura que hoy padece el país. Los oscuros días han servido para impulsar esta investigación. Motivada por el objetivo de brindar todo el apoyo posible a quienes estén buscando los responsables de los peores momentos de la historia contemporánea de una nación.